

a Carlos Ancira, sin lograrlo, y en quedarse en un Tesmann tonto y superficial. Rolando de Castro bastante gris en un papel que es el “hueso” de la obra, y muy bien Minerva Mena Peña en su Thea. Otro error de dirección es el de no buscar un Lovborg de edad adecuada si la Hedda no tiene los 29 años que pide Ibsen. La escenografía de Julio Prieto, fallida en cuanto a ambientación: hay unos cuadros inapropiados para la época en que se desarrolla la acción, y, por fin, una acertada traducción de don Antonio Castro Leal, de quien me resisto a creer que haya escrito “influenciado” por “influido”, y prefiero pensar que fue un error del actor que lo dijo.

María Teresa Rivas no debe entristecerse por esta justificable precipitación al aceptar la dirección de una señora que no hizo el menor esfuerzo por profundizar en el maravilloso mundo ibseniano. Este error en su carrera no significa algo grave, puesto que ya queda dicho, y es de ella bien sabido, que “aquí no pasa nada”, y pronto se olvidará esta Hedda para recordar tan sólo lo bueno, como aquella *Por Lucrecia*, o *El rey se muere*, o *El ensueño*. Dentro de algunos años puede volver a intentar la interpretación de este hermoso personaje, con un buen director, puesto que *Hedda Gabler* no se ha representado aún en México como debe ser. Esto que hemos visto es sólo un melodramón propio para señoras que van a hacer la digestión al teatro.

30 de noviembre de 1969

TANTO ESCÁNDALO . . .

. . . ¿Y SÓLO PARA ESO?

Sr. Censor D. Víctor Moya
Oficina de Espectáculos
México, D. F.

Señor:

Debo confesarle ante todo que yo fui, como usted ahora, “supervisor” (léase censor aunque la palabrita no sea del agrado de cier-

tas personas) de la Oficina de Espectáculos, cargo que me acreó una gastritis aguda y un retroceso mental bastante sensible como puede notarse por mis crónicas teatrales. Tenía la obligación de leer los libretos de las obras, de asistir a los ensayos generales y de soportar la conversación del entonces jefe de la mencionada oficina, quien sufría de paranoia altamente contagiosa. Confieso también humildemente, y estoy cierto que he de pagar en el infierno tales culpas, que sugerí la prohibición de algunos vodeviles, entre los cuales espero que no se haya encontrado ninguno de los que usted producía hasta antes de volverse moralista.

Soporté el que se prohibiese a pesar de mis informes a favor, *La Celestina*, y escuché del jefe la orden de ir en busca de don Fernando de Rojas, para decirle que no anduviera escribiendo malas palabras en sus obras; también fui testigo de la prohibición consecutiva de tres obras al empresario José de Jesús Aceves, hecho que precipitó su muerte, porque no dio salida a su ira como yo le aconsejaba, o sea reuniendo a todos los empresarios teatrales de México, y declarar una huelga contra la Oficina de Espectáculos y de su incompetente director. En fin, que fui testigo de muchas atrocidades que algún día publicaré con la extensión debida, y no rehúyo la parte de culpa que haya yo tenido en algunas de ellas. Lo que nunca hice, señor Moya, fue declarar a los periodistas una serie de conceptos absurdos como usted hizo. Voy más allá en descargo de mi conciencia: jamás hice ningún tipo de declaración, ni absurda ni atinada. Y si en algo estima un desinteresado consejo (me imagino que no lo estima nada y hace bien) de un ex colega que se las sabe todas en esto de la censura, le sugiero que no vuelva a tratar de disculparse públicamente por ejercer un cargo que no tiene disculpa alguna posible. Si tiene necesidad de ese trabajo, desempéñelo en anónimo total, con vergüenza, con tristeza y con pudor. No hay otro remedio.

Todo esto viene a colación (palabra que cabe usar en diciembre) por la prohibición de la obra *Los incendiarios*, de Max Frisch, que iba a presentarse en el Teatro 5 de Mayo hace más de dos meses, y que ahora a pesar suyo, me imagino, se ha por fin reestrenado en el Teatro Xola. Don Víctor, por favor, un poco

de medida y de proporción: ¿por qué se le ocurrió aconsejar el no dar el permiso a una obra como esa tan pasada, tan ingenua y tan poco trascendente? Sin estar de acuerdo en que se prohíba nada, me inclino a apoyar a Ignacio López Tarso cuando declaró que era preferible vetar los vodeviles del tipo que usted instituyó en México desde aquel inolvidable, por pésimo, *Gigoló*. Este teatro aparentemente inocuo, hace más daño al público que obras de un contenido pretenciosamente socialista (no se asuste por la palabra: socialista de sociedad, no de comunismo, que aunque viene a ser lo mismo, no lo es dada la diferencia de conceptos que hacen quienes no saben ni lo que es socialismo, ni marxismo, ni comunismo, como usted, por ejemplo). Es evidente, dada su trayectoria teatral, que usted ha de aprobar con enorme entusiasmo las obras que llevan por título *La nalgada*, *La casa de doña Santa*, *Las golfas*, *Las ficheras*, etcétera, puesto que ha de pensar que si usted las hizo hace años, nada tienen de nocivo, y en cambio sí aquellas obras que pertenecen o se acercan al buen teatro, algo que está tan lejano de usted como lo está de mí ahora la Oficina de Espectáculos.

Pero volvamos a sus declaraciones aparecidas en el diario *Excelsior* del día 23 de noviembre, junto a una inefable carta de Víctor Manuel Castro a López Tarso, digna de comentarse aparte. Dice usted: “Un grupo tendencioso trató de aprovecharse . . .” ¿Tendencioso, dijo usted? ¡Por Dios, don Víctor, usted es hombre de teatro, o lo fue, y sabe muy bien que ni López Tarso ni Ignacio Retes “tienden” a nada que haga daño a la sociedad. “Quisieron aprovecharse . . .” ¿De qué? ¿O para qué? ¿O cómo? Su simbolismo verbal escapa a mi comprensión. Sigamos: “trató de aprovecharse para montar una obra teatral comunista que pretendía descubrir un mensaje que a nosotros no nos interesa”. Dejemos por ahora lo de comunista, para no meternos a dilucidar algo que me tomaría mucho más que el espacio de mi artículo, pero que en principio digo y sostengo que *Los incendiarios* no es obra comunista.

Lo que me interesa señalar es el resto de la frase: “un mensaje que a nosotros no nos interesa”. ¿Quiénes somos “nosotros”, don Víctor? ¿Se refiere usted a ustedes, los censores, o pretende abarcar usted solo el criterio de cuarenta millones de me-

xicanos? Esto es muy grave, y estoy cierto que usted lo dijo con precipitación, o que lo mismo podía haber dicho: “Mañana va a llover en el cerro del Ajusco”, es decir, una afirmación totalmente gratuita, infundada y . . . tonta.

No quiero parecerme a usted y decir que sí interesa cualquier mensaje a todos los mexicanos, pero puedo responsabilizarme por lo menos por un millón que seguramente están interesados en cualquier corriente filosófica, literaria, artística o de cualquier otra índole, hasta la corriente del Gran Canal. Ya no estamos en los tiempos en que se podía decir: “Nos, el rey, mandamos y ordenamos”.

Pero continuemos con sus declaraciones: “*Los incendiarios* es una obra mala, pesada . . .” ¿Va usted a prohibir todas las obras teatrales malas y pesadas? Lo felicito calurosamente, aunque no comprendo por qué no ha comenzado ya con su plausible intento. Y no lo ha hecho porque se ha dado cuenta que es muy difícil para una sola persona decidir cuál obra es mala y pesada, y cuál no. ¿Verdad que ha sido por eso que no lo ha hecho? Continúemos: La obra “tiene un humorismo alemán aburrido”. ¡Don Víctor querido, felicitaciones por su patriotismo, pero debo recordarle que la segunda guerra mundial terminó hace veinticinco años, y que ahora México guarda con Alemania una estrecha amistad cultural (Instituto Humboldt e Instituto Goethe) y comercial (cientos de miles de automóviles alemanes), y que por tanto no es oportuno ponerse a insultar el humor germano, el que por otra parte no deja de tener ingenio si hace usted memoria de los chistes de Hans y Fritz. Imagínese lo que diría un censor alemán si viese una película de Capulina o una comedia de Víctor Manuel Castro. El humor mexicano no quedaría muy bien parado. Lo dicho, don Víctor: me parece que no pensó bien lo que declaraba al periodista. Espero que así haya sido, porque si lo pensó, entonces terminaría aquí mi carta.

Dice también que la prohibición de la obra no se debió a usted: “No soy tan influyente . . . Mi decisión no es definitiva, está sujeta a lo que opinen y decidan las autoridades superiores . . .” Permítame decirle, don Víctor, que falta usted a la verdad, y puedo hacer semejante aseveración porque repito que yo fui lo que usted es, y sé bien que las autoridades superiores están de-

masiado ocupadas en otros asuntos para ponerse a leer lo que usted ya leyó, y para lo que le pagan, y confían en su decisión. Por otra parte, tanto el licenciado Guillermo López Ostolaza como el licenciado Miguel Ramírez Vázquez, las autoridades superiores a que usted se refiere, son dos personas inteligentes y cultas, que en nada se parecen a sus antecesores que fueron mis jefes, y estoy cierto de que si hubiesen leído, como usted afirma, *Los incendiarios*, le hubieran puesto a usted una buena regañada y hubiesen aprobado de inmediato la pieza. No la leyeron, repito, porque tienen otras cosas que hacer, y porque confían plenamente en el criterio de sus consejeros. El único reproche que pudiera hacerseles es el de no saber elegir a esos consejeros. Y por último, declaró usted que el autor de *Los incendiarios*, Max Frisch, “no es ningún clásico porque su nombre no figura en ninguna antología”. Con semejante frase, don Víctor, le aseguro a usted que su nombre sí será clásico de aquí en adelante, puesto que figurará en la antología de lo increíble.

A pesar de todo lo anterior, le estoy muy reconocido por el material que se sirvió prestarme con sus declaraciones para escribir este pequeño artículo, y después de haber visto *Los incendiarios*, sigo sin comprender por qué la prohibió y dio pábulo a que se desencadenara semejante escándalo de prensa, pleitos entre actores, carcajadas en los cafés y sobre todo, demérito para sus jefes, que durante cuatro años se habían distinguido por su justo criterio y le habían dado al pobre del teatro mexicano el respiro a que tenía derecho después de catorce años de sofoco. Vaya usted a ver la obra como simple espectador y verá que saldrá defraudado, porque después de todo ese escándalo, el público espera la justificación de él, y no la encuentra. Pero vaya usted también como hombre de teatro, para que goce con la acertada dirección de Ignacio Retes, y la excelente actuación de Claudio Obregón, el acierto de Chela Nájera y de Sergio Jiménez, la buena voluntad de Pedro D’Aguillón. Se dará usted entonces cuenta que el humorismo alemán no es “aburrido”, que la obra no es comunista ni por asomo, que el mensaje sí interesa aunque ya se sienta pasado de moda, y que Max Frisch, aunque no sea, en efecto, un clásico, es un magnífico autor teatral. Con todo ello quizá reconozca usted su error, muy disculpable puesto que es usted un

ser humano, y en lo sucesivo se abstenga de prohibir ninguna pieza teatral. Clasifíquelas para niños, o para adolescentes o para adultos con o sin barba, pero no prohíba. Es muy feo y muy anacrónico.

Reciba usted un cordial saludo de su ex colega.

Luis Reyes de la Maza

21 de diciembre de 1969

CRÓNICA TRISTE

Presumo de tener sentido del humor y mis crónicas hacen reír a veces a los lectores, mientras no hable de ellos, porque entonces lo que había sido risa en crónicas anteriores, se vuelve odio hacia mi humilde persona. Hoy no puedo hacer una crónica que haga siquiera sonreír a los amables lectores, porque estoy profundamente triste desde el sábado por la noche en que presencié el fracaso de dos buenos y queridos amigos míos: Hugo Argüelles y Miguel Sabido. Asistí al Teatro Xola lleno de optimismo y creyendo a pie juntillas que iba a gozar de una espléndida obra mexicana y de una dirección escénica llena de hallazgos, porque se habían reunido un buen autor y un buen director, ambos jóvenes y ambos con un talento demostrado en muchas ocasiones anteriores. A medida que la obra se representaba, yo me iba hundiendo en mi butaca y al terminar no quería salir de aquel sitio incómodo en que como avestruz me sentía a salvo de preguntas y de escuchar los sarcásticos comentarios de las personas que no sentían por Hugo y por Miguel la amistad y el cariño que yo siento. Han pasado algunos días y aún no logro comprender qué fue lo que pasó, a qué se debió ese sonado fracaso, qué fue lo que provocó la carcajada en lo que se supone es un drama, por qué Hugo y Miguel se unieron para equivocarse y hacer más grande aún el fracaso. ¿Puede ser un exceso de confianza en ellos mismos? En Argüelles podría creerlo; en Sabido no. El autor de *Los cuervos están de luto* y de *La ronda de*